

## VIII. EL SANTUARIO EN EL SIGLO XVIII

### 1. Inauguración de la catedral barroca

La Guerra de Sucesión (1700-1717) entorpeció la marcha de las obras. Con todo, el valimiento de Felipe V fue generoso: hizo un donativo de dos mil doblones, facilitó la recogida de limosnas en América, eximió del pago de aduanas a todos los materiales, etc.<sup>176</sup>. Para 1710 ya se habían realizado las bóvedas y cubierto con tejado las cuatro primeras naves transversales destinadas para la catedral. Se limitó esta zona con tabique revestido. Se siguió trabajando con intensidad en la decoración y ornamentación de las pilastras y muros interiores con recargado barroquismo. En 1715 se hizo el traslado de todos los elementos del coro -sillería, órgano, verja-, desde la iglesia antigua<sup>177</sup>. Después, se trasladó el retablo mayor de Forment al nuevo presbiterio.

El templo se hallaba planeado en el terreno de aluvión de la ribera del Ebro sin tener en cuenta la altura de la plaza adonde debían dar las dos puertas de mayor tránsito. La diferencia de nivel alcanzaba hasta dos y tres metros. Se tomó la decisión de rebajar la plaza. Se empezaron los trabajos el 26 de noviembre de 1717 con la participación voluntaria de autoridades y pueblo. Tan entusiasta fue la cooperación que para el 2 de enero la plaza y el templo se hallaban al mismo nivel<sup>178</sup>.

El Cabildo fijó como fecha de la inauguración con el traslado del Santísimo el 11 de octubre, víspera de la fiesta del Pilar. Se cursó invitación a Felipe V, al tiempo que se solicitaba su licencia, y a las autoridades civiles de la ciudad y del Reino. El municipio tomó a su cuenta la limpieza y adorno de las calles por donde debían circular las dos procesiones y alfombrarlas con hierbas aromáticas.

---

<sup>176</sup> Gutiérrez Lasanta, F., *Historia de la Virgen del Pilar*, t. I, p. 306.

<sup>177</sup> Ríos, Teodoro, *o. c.*, p. 18.

<sup>178</sup> Hebrera, J. A., *o. c.*, p. 74.

Se encomendó a las comunidades religiosas la erección de arcos de triunfo y altares, labor en que se ocuparon con febril actividad en los ocho días precedentes<sup>179</sup>.

### **Bendición de la nueva catedral**

En la víspera, 10 de octubre, concluidos los oficios matinales, se reunieron las dos residencias en la iglesia antigua y se cerraron las puertas. Pasaron de la sacristía al altar mayor el canónigo semanero con diácono y subdiácono, revestidos de terno blanco, y formaron coro los capitulares de la residencia con hábitos y velas encendidas y los de la otra con manteos y velas. El vicario general con los oficiantes extrajo el arca de san Braulio del interior del altar y la colocó sobre el ara. Les costó trabajo abrirla.

Desenrollaron una toalla de color azul y blanco de lino —estaba como nueva—, y un tafetán que envolvían las reliquias. Pasaron todos, uno por uno, a venerarlas con profundo respeto. Las cubrieron de nuevo como estaban. El notario del Cabildo testificó el acto, describiéndolo con detalle en un pergamino que, introducido en cajita de plomo, se incluyó en la urna con las reliquias. Fue colocada ésta sobre una peana primorosamente adornada con velas y flores y se depositó en la capilla del Espíritu Santo hasta la procesión del día siguiente.

Según la legislación eclesiástica no pueden celebrarse los oficios religiosos en una iglesia nueva sino después de haberla dedicado al culto divino mediante la consagración o bendición. Con esa finalidad el día 11, cumplidos los rezos matinales, volvieron a reunirse las dos residencias en la iglesia nueva, pulquerrima, adornada con sumo gusto. Se procedió con toda solemnidad a la bendición del edificio. (No se consagró por no estar terminada). No intervino el señor arzobispo por estar indispuesto. Se fueron asperjando con agua, sal, ceniza y vino las paredes, pilastras y altares. Sólo el altar mayor fue consagrado ungiéndolo con óleo santo para recibir las reliquias de san Braulio. Entre tanto fueron acudiendo a la iglesia antigua los convocados. Muchedumbre de fieles abarrotó la plaza.

A las diez se procedió a colocar el Santísimo en la riquísima custodia de Pedro de Lamaisson para su traslado a la nueva iglesia. Y empezó el desfile procesional. Lo encabezaban los gremios con sus estandartes. Seguían en doble hilera las comunidades religiosas de varones, el clero de las parroquias y los canónigos. Por medio desfilaban los bustos-relicarios de las dos catedrales y, en sitio preferente, o sea, delante del Santísimo, la urna con las reliquias de san Braulio, llevando la peana sacerdotes revestidos. Ocupaba la presidencia de honor en representación del rey el marqués de Caylus, caballero del Toisón de oro y capitán

---

<sup>179</sup> *Ibidem*, pp. 176-230.

general de Aragón. Cerraban la piadosa comitiva los regidores de la ciudad. El itinerario se desarrolló por las calles actuales de Jaime I, Espoz y Mina, Manifestación, de la Virgen y plaza del Pilar.

Al llegar a la nueva iglesia se procedió a colocar las reliquias de san Braulio en el lecho del altar y el Santísimo en un magnífico tabernáculo. A continuación se celebró la misa del Sacramento con toda pompa de ceremonias, cantos y música. Así quedó inaugurada la nueva catedral de Santa María del Pilar. La comisión de festejos del Ayuntamiento quiso también lucirse. Hubo corrida de toros por la tarde en la plaza del Mercado y se quemó un castillo de fuegos de artificio<sup>180</sup>.

### **La procesión de la Virgen del Pilar**

Al día siguiente la festividad del Pilar revistió inusitado esplendor. Tal fue la afluencia de forasteros que, según el padre Hebrera, se duplicó durante estas fiestas la población de la ciudad, que por entonces ascendía a unos treinta mil habitantes. El acto más vistoso y llamativo constituía la procesión de la Virgen del Pilar, que se celebraba con la misma solemnidad que la del Corpus. Se realizaba por la tarde.

Los canónigos y beneficiados iniciaron las Vísperas a las dos, cantando los salmos con la música más selecta de su repertorio. Entre tanto fueron llenando las amplias naves de la nueva catedral las comunidades religiosas de varones y los capítulos eclesiásticos de las parroquias. Acudió también puntualmente la residencia de La Seo. A las tres se inició la marcha en la plaza del Pilar. En el plano se indica el itinerario.

Abría el desfile el Gancho de la parroquia de San Pablo, especie de hoz colocada en el extremo del asta, con cordones terminados en borlas de seda carmesí; ejercía esta prerrogativa desde los tiempos de Juan I de Aragón. Junto a él los clarines y timbales del Municipio con libreas de terciopelo y galones de oro hacían retumbar el aire con sus instrumentos. A continuación desfilaban las cofradías y gremios con sus estandartes. Impresionaba al público, que abarrotaba las aceras y ventanas, el paso de las 25 cruces de plata labrada: representaban a cada una de las parroquias y comunidades religiosas. En sitio de honor iba la de la catedral del Pilar, llevada por un sacerdote revestido de dalmática, flanqueado por dos acólitos con faroles.

Seguían las comunidades religiosas en orden inverso al de su establecimiento en la ciudad: trinitarios descalzos, agustinos recoletos, capuchinos, carmelitas

---

<sup>180</sup> *Ibidem*, pp. 266-290.



*Itinerario de la procesión.*

1. Plaza del Pilar. — 2. Calle Sombrerería. — 3. Calle Mayor. — 4. Puerta de Toledo. — 5. Mercado. — 6. Calle Albardería. — 7. Coso. — 8. Calle San Gil. — 9. Calle San Pedro. — 10. Calle Cuchillería. — 11. Calle del Pilar.

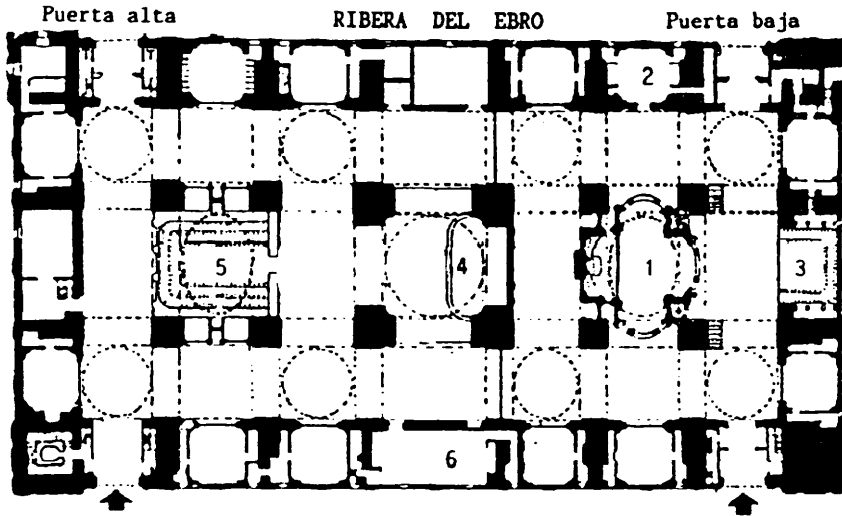


*La imagen procesional.*

descalzos, mínimos de S.F.de Paula, trinitarios observantes, agustinos ermitaños, carmelitas observantes, mercedarios, franciscanos y dominicos. A las familias religiosas seguía el clero de las catorce parroquias revestido de sobrepelliz, muceta y bonete, prendas éstas que, aunque indicaban jurisdicción, las usaban los sacerdotes desde tiempo inmemorial en el Reino de Aragón. Los párrocos ocupaban los últimos puestos distinguiéndose por sus mucetas moradas en conformidad con las constituciones sinodales del año 1698. Entre estas dos filas procesionales, hombres revestidos de albas blancas llevaban sobre peanas los 40 bustos relicarios de santos procedentes de las catedrales y parroquias.

Los canónigos y dignidades revestían capas blancas de una sola pieza, adornadas con flores de oro. Entre ellos iba la imagen procesional de la Virgen del Pilar, realizada en plata en 1620 por el orfebre valenciano Miguel Cubelles, colocada sobre la misma carroza en la que se llevaba la custodia grande el día de Corpus. Cerraban el cortejo las autoridades civiles como el día anterior<sup>181</sup>.

<sup>181</sup> *Ibidem*, pp. 291-309.



*Planta del templo barroco de Santa María.*

*1. Santa Capilla. — 2. Sacristía de la Virgen. — 3. Coreto. — 4. Capilla Mayor. — 5. Coro. — 6. Sacristía mayor. Los círculos indican las cúpulas.*

## 2. Oficio propio para la fiesta del Pilar

El 12 de octubre de cada año se celebraba la fiesta de la Dedicación de la santa Capilla y de Santa María la Mayor en recuerdo de su edificación por el apóstol Santiago. Desde la unificación litúrgica de Pío V en 1570 hubo que acomodarse al rito común; carecía de lecciones propias en los Maitines con narraciones alusivas a la fiesta, como era costumbre en otras solemnidades. En diversas ocasiones a través del siglo XVI las autoridades —Cabildo, Cortes de Aragón, Reyes—, habían interpuesto reverente súplica al Papa solicitando que se dignase conceder Oficio propio y relación historial de la venida de la Santísima Virgen a Zaragoza.

La Santa Sede daba largas al asunto. No accedía a la súplica porque en las lecturas propuestas figuraban algunos datos tomados de los falsos cronicones de Dextro y Máximo<sup>182</sup>. Hubo que rehacer los textos empleando únicamente testimonios fehacientes y argumentos solidos, sin olvidar el principio propuesto por Baronio de que no ha de sustraerse el crédito a los documentos antiguos porque

<sup>182</sup> Gutiérrez Lasanta, F., *o. c.*, p. 306.

haya en ellos alguna circunstancia ajena a la verdad. Se alegaron los testimonios de 178 historiadores que sostienen la susodicha aparición. Se presentaron también las bulas de los papas Calixto III, Clemente VII, Paulo IV y Sixto V que la referían para fomentar la piedad de los fieles y obtener limosnas<sup>183</sup>.

Se encomendó al padre Cavero, procurador general de los mercedarios, la presentación del atestado a la Sagrada Congregación de Ritos.

La ponencia estuvo a cargo del cardenal Orghi. El promotor de la fe, cardenal Lambertini, puso una serie de animadversiones o reparos. Los postuladores supieron dar soluciones satisfactorias a todas las dificultades. Haremos notar que Próspero Lamberti —futuro Benedicto XIV—, además de ser uno de los hombres más sabios de su tiempo, era considerado como la máxima autoridad en estas cuestiones. Merced a su intervención la verdad adquirió el máximo brillo.

En la congregación o reunión de doce cardenales del día 7 de agosto de 1723 se decidió por mayoría favorable que la visita de la Virgen María a Santiago en Zaragoza era digna de leerse en el oficio divino tal como quedaba redactada en la lección sexta<sup>184</sup>.

*«Según cuenta piadosa y antigua tradición, el apóstol Santiago el Mayor, por inspiración divina llegó a España y moró algún tiempo en Zaragoza. Una noche, mientras oraba con algunos discípulos en la orilla del Ebro, se le apareció la Santísima Virgen, que vivía en carne mortal y le mandó que edificase allí una capilla. El apóstol, sin vacilar un instante, dedicó con ayuda de sus discípulos un edículo a Dios bajo la advocación de la Virgen María».*

*«A esta capilla se añadió en el trascurso de los siglos un templo más amplio y augusto, que por la imagen de la Madre de Dios puesta en pie sobre una columna de mármol y allí venerada con grandísima piedad y concurrencia de todo el reino recibió el nombre del Pilar que hasta hoy conserva».*

Cuatro días después —11 de agosto—, el papa Inocencio XIII aprobaba el decreto concediendo y mandando que en la fiesta de la dedicación de las iglesias de San Salvador y Santa María del Pilar fuesen leídas las indicadas lecciones propias por los fieles de la diócesis de Zaragoza obligados al rezo canónico.

---

<sup>183</sup> Aína, L., o. c., p. 23.

<sup>184</sup> Gutiérrez Lasanta, F., o. c., p. 307.

## Festivas demostraciones por la merced obtenida

Queda uno asombrado al leer la relación de las fiestas que organizó la ciudad de Zaragoza con motivo de la concesión del oficio litúrgico de la festividad de Nuestra Señora del Pilar. La primera noticia se tuvo el 31 de agosto: llegó carta del padre Cavero anunciando el decreto favorable de la Sagrada Congregación de Ritos. Rápidamente circuló la noticia. Siguiendo un impulso natural de agradecimiento, innumerable concurso de fieles se dirigió presuroso a la santa Capilla para desahogar su alegría ante la Virgen. No se juzgó prudente organizar manifestaciones públicas hasta conocer la aprobación papal. Se supo el martes, 7 de septiembre. Los canónigos determinaron celebrar el día 9 procesión general, tedéum y misa; el Ayuntamiento acordó que hubiese luminarias el 9, 10 y 11.

Pero el pueblo no tenía paciencia para aguardar dos días. Esa misma noche del 7, al toque del ángelus vespertino, se iluminó la Capilla con todas las luces y se adornó con las más preciadas joyas; sonaron las campanas de iglesias y conventos, salvas y cohetes atronaron las calles, cubriéronse de faroles los tejados de muchas iglesias, las fachadas de los conventos y las ventanas de las casas y se encendieron fogatas en las calles. Mujer hubo que no teniendo leña se dijo: «*pues yo no he de dejar de hacer hoguera*». Y sacando el jergón de su pobre cama le pegó fuego y al ver la llama prorrumpió: «*¡Viva la Virgen del Pilar!*».

El jueves, día 9, se organizó puntualmente la gran procesión. Previamente formaron en la plaza del Pilar tres batallones de infantería con orden de disparar las salvas indicadas. Salió de Santa María con admirable orden y silencio. Desfilaron doce comunidades religiosas, el clero parroquial, ambas residencias de canónigos, autoridades. Terminó con misa solemne.

En las noches del jueves, viernes y sábado se encendieron las luminarias según disposición del Municipio. Cuando en el reloj de la Torre Nueva empezaban a sonar las siete, se iniciaba el volteo de campanas de las iglesias y conventos y se llenaban de resplandores las ventanas y balcones de todas las casas de la ciudad, adquiriendo un aspecto fantástico<sup>186</sup>.

Los regidores y Cabildo acordaron hacer nuevas demostraciones de júbilo por las fiestas del Pilar. Se ordenó que para la víspera de Nuestra Señora del Pilar se adornaran con altares los principales puestos por donde había de pasar la procesión.

---

<sup>185</sup> Escuder, J. F., *Relación histórica de las fiestas que la ciudad de Zaragoza dispuso con motivo del rezo y oficio propio de la Virgen del Pilar*, p. 88.

<sup>186</sup> *Ibidem*, p. 92.

Dichos altares constituían verdaderos monumentos. Imagínese el lector unos anchos tablados con graderías hasta de 20 m de altura, llenas de luces y de santos. Los dominicos y agustinos levantaron uno grandioso en la plaza del Mercado. Magnífico fue también el de los carmelitas, trinitarios y mínimos en el Coso, frente al palacio de Fuentes. Los franciscanos y capuchinos eligieron como marco para el suyo la portada de la iglesia de San Francisco. De extraordinaria vistosidad resultó el de los jerónimos sobre la Cruz del Coso.

Llegó la víspera del Pilar. Cuando la campana grande de la Torre Nueva dio la primera de las siete de la tarde, le acompañaron todas las de la ciudad. En ese momento comenzó el canto de los Maitines en la catedral de Santa María, maravillosamente adornada e iluminada. Los fieles atestaban las naves, el claustro y la santa Capilla. La expectación era grande y la ansiedad iba en crescendo con las armonías musicales y la gravedad del rezo.

Se acercaba el momento en que se iba a cantar por primera vez la lección sexta. Le tocó hacerlo al canónigo don José Velázquez. Al llegar al pasaje de la venida del Virgen a Zaragoza, le embargó la emoción, las lágrimas le nublaron los ojos y se le ahogó la voz. Una corriente emotiva sacudió a los asistentes en silencio expectante. Accedió al atril en su ayuda el canónigo don Jaime Muniesa, quien pudo concluir la lectura<sup>187</sup>.

### **3. La nueva santa Capilla del Pilar**

Tras las fiestas inaugurales de la catedral del 11 de octubre de 1718, quedaba pendiente la segunda parte del gran templo: las tres naves transversales de la parte oriental en cuyo centro iría ubicada la santa Capilla. Lo primero que se hizo fue demoler la iglesia antigua. Empezó a avanzar el armazón de las tres naves longitudinales. Las bóvedas de medio cañón, según las iban cubriendo, suscitaban una impresión general de pesadez y monotonía. A iniciativa del arquitecto de la obra Domingo Yarza, se hizo portavoz de la opinión pública el capitán general don Guillén M. de Rocafull, conde de Peralada, quien envió el 26 de octubre de 1725 un informe al Cabildo.

Proponía como remedio para romper esa monotonía de las bóvedas levantar once cúpulas: una grande en posición central sobre la capilla mayor y crucero; dos medianas y elípticas corresponderían a la santa Capilla y al coro de los canónigos; cuatro pequeñas en cada una de las naves laterales. Así resultaría una

---

<sup>187</sup> *Ibidem*, p. 125.

cubierta donde alternarían al tresbolillo bóvedas y cúpulas. Pedía también que en los cuatro ángulos se alzaran esbeltas torres. El Cabildo aceptó la propuesta e introdujo estas excelentes mejoras en el planeamiento general.

La parte que quedaba por construir se hizo ya con las cinco cúpulas correspondientes. Las cuatro medias naranjas se empezaron en 1728 y la elíptica en 1730. Se derribó la bóveda de la santa Capilla y la parte correspondiente a su nave. Sólo se mantuvo intacto el presbiterio, es decir, el primitivo edículo de Santiago, cubierto con techado de madera para práctica del culto<sup>188</sup>. El armazón arquitectónico quedó concluido en 1740. Conviene que quede constancia de un detalle. El famoso tímpano del templo románico se quedó como precioso testimonio histórico incrustado en la fachada sur, encima de la segunda ventana empezando por la parte oriental. En ese mismo sitio estuvo en funcionamiento desde 1130 hasta 1718.

### **Planificación de Ventura Rodríguez**

Había llegado el momento de emprender la construcción del nuevo Tabernáculo. Se quería algo grandioso que correspondiese a la predilección de la Virgen María por Zaragoza. Las autoridades eclesiásticas imponían una condición inquebrantable: no mover en absoluto el santo Pilar de donde estaba fijado ni cambiar de posición a la Imagen<sup>189</sup>. Se presentaron algunos proyectos de buen gusto pero faltos de originalidad: al no alterar la disposición del testero no compaginaban con el conjunto.

Ante las dificultades para dar con una solución acertada para el diseño de la nueva santa Capilla, el arzobispo don Francisco Añoa y Busto, tras agotar todas las posibilidades a su alcance, se decidió a solicitar del rey el envío de un arquitecto capaz de solucionar este problema. La respuesta de Fernando VI fue generosa: adelantó doce mil pesos para el comienzo de las obras y envió al arquitecto delineador del palacio real, **Ventura Rodríguez** (1717-1785), para que estudiase sobre el terreno la planificación y diseño de la santa Capilla. Partió de Madrid el 7 de septiembre de 1750, llegando a Zaragoza el 15 del mismo mes<sup>190</sup>.

Sacó la impresión de un templo excesivamente recargado de ornamentación churrigueresca y pensó realizar una estructuración de la obra dejándola en barroca clasicista. Durante su estancia en Zaragoza estudió el edificio, levantó planos y firmó el 20 de noviembre de 1750 toda la colección de dibujos que había ela-

---

<sup>188</sup> Risco, M., *España Sagrada* XXX, p. 114.

<sup>189</sup> Abbad Ríos, F., *La Seo y el Pilar de Zaragoza*, p. 104.

<sup>190</sup> Usón García, R., *o. c.*, p. 82.



*Ventura Rodríguez.*

borado<sup>191</sup>. Llevó a Madrid el planeamiento de la santa Capilla y fue aprobado por el rey el 6 de agosto de 1751. **Ventura Rodríguez** designó para dirigir las obras al escultor zaragozano José Ramírez de Arellano, quien desempeñó de modo excelente la misión.

Empezaron los trabajos preparativos de corte y pulido de mármoles en la plaza del Pilar, que servía de obrador a multitud de obreros, bajo la dirección del cantero flamenco Juan Benito Pirlet. Durante el año 1753 Antonio González, pintor mayor del rey, pintó al fresco la cúpula elíptica, bajo la cual iría la santa Capilla, con el tema de la Venida de la Virgen a Zaragoza y la erección del edículo por Santiago y sus discípulos. Empleó en ello quince meses, terminándola en febrero de 1754.

### **Colocación de la primera piedra**

Llegaron por fin los deseados recursos de la generosa mano del arzobispo don **Francisco Añoa y Busto** (1744-1764), quien dedicó a la obra 86.319 pesos, es decir, todos sus caudales. Se pidió a **Ventura Rodríguez** que se trasladase a Zaragoza para el replanteo de los trabajos y la apertura de fundamentos, quien accedió y llegó a la ciudad el 10 de octubre de 1754. Con asistencia del archi-

---

<sup>191</sup> *Ibidem*, p. 85.

tecto Julián de Yarza, señaló el lugar donde debían estar los cimientos entre las cuatro pilastras que sostenían la cúpula elíptica pintada por Antonio González.

Un manuscrito redactado ese año por un testigo de vista titulado «*Noticia de la Fábrica del Tabernáculo de la santa Capilla*» se expresa a este tenor: «*El día 19 de octubre de 1754 se comenzaron a abrir los fundamentos de la dicha obra con la asistencia de dicho arquitecto Rodríguez, trabajando en ella 85 peones, dándoles dos reales al día*». Añade que se trabajaba día y noche incluso los domingos, a fin de adelantar dicha fábrica y cada día concurría algún gremio a trabajar de limosna en ella.

«*En la noche de 1 al 2 de noviembre trabajaron los oficiales y algunos peones en desmontar la cabeza de la fábrica vieja que está sobre el santo Pilar de Nuestra Señora en su dorso; y desmontando dicha fábrica, llegaron a quitar una porción de la fábrica de la Santa Capilla, de la misma que los ángeles con Santiago construyeron a Nuestra Señora, que está encerrada entre dos paredes de cantería, y es una pasta de tierra sola sin yeso ni cal ni otra mezcla a manera de adobas, y dicha porción de tierra en pedazos de tormos la recogió el capellán de dicha Santa Capilla, que estaba presente, y la guardó para distribuir en los devotos de Nuestra Señora del Pilar; y también algunos devotos circunstantes pillaron lo que pudieron de dicha tierra para guardarla y venerarla también como reliquia de Nuestra Señora del Pilar*»<sup>192</sup>.

Ese dato de que el edículo de adobes, edificado por el apóstol Santiago y sus discípulos, estaba encerrado entre dos paredes de cantería nos parece un impresionante apoyo a la tradición pilarista. Supone un empeño grandísimo en conservar lo existente y el motivo tiene que ser de excepcional importancia. Algo tan endeble, en lugar tan inhóspito, estaba condenado a la ruina. Los cristianos de los primeros siglos, por la gran veneración en que lo tenían, hallaron un remedio eficaz de conservación.

Consideramos muy razonable lo pensado y realizado por el capellán. Aramburu coincide con lo expuesto por el autor anónimo. «*Cuando se derribó el ángulo que había en donde están la santa Imagen y la Columna, se hallaron debajo de los adornos exteriores e interiores, de que hemos dicho, las dos paredes antiguas y que, para que quede de ellas memoria y testimonio de la Tradición, se han dejado colocados sus fragmentos en dos cavidades que a este fin se labraron en el Ara, de los dos lados de la santa Columna, lo que digo, porque yo mismo fui testigo de vista de ello, y aun en esta ocasión me franquearon*

---

<sup>192</sup> Anónimo, *Noticia de la Fábrica del Tabernáculo...* Ms. citado por Gutiérrez Lasanta, o. c., t. III, pp. 288-292.

*un adobe de ellos, que lo guardo con sumo consuelo y veneración*<sup>193</sup>. Resulta imponderable el valor arqueológico de esos adobes conservados para confirmar la Tradición.

Y prosigue: «Por más que para abrir las zanjas fue preciso desmontar todo el suelo y las paredes antiguas y hasta el terreno en que cargaban las piedras en que estribaba la sagrada Columna, *no se movió de lugar ésta ni la Santa Imagen* ni faltó en día alguno su acostumbrado culto, ni se dejó de celebrar todas las mañanas continuas misas en un altar portátil, que se ponía y quitaba todos los días. *Para poder sostener inmóvil la Soberana Efigie con su Columna tuvo que sudar el ingenio, pero alentado del fervor todo se hizo fácil*»<sup>194</sup>.

En un ambiente de sencillez y religiosidad el día 3 de diciembre de 1754 el arzobispo Añoa colocó debajo de la piedra blanca, que servía de basa al santo Pilar, la primera piedra de la restauración de la primera Capilla edificada por el apóstol Santiago con emotiva inscripción y derramó sobre ella el óleo de su bendición en presencia de la Junta de Fábrica, del arquitecto V. Rodríguez y de gran concurso de fieles<sup>195</sup>.

Ventura Rodríguez permaneció cuatro meses más en Zaragoza dedicado a la reforma decorativa del templo. Por indicación del rey hizo un viaje a Tortosa en compañía de Cayetano Samitier para examinar y elegir los jaspes de aquellas canteras que habían de emplearse para los fustes de las 38 columnas y otros elementos de la santa Capilla. A primeros de abril se volvió a la corte<sup>196</sup>. Todos reconocieron el gran interés con que realizó sus trabajos, aunque la remuneración de los honorarios correspondientes no estuvo al día según la carta que escribió al Cabildo el 20 de noviembre de 1779<sup>197</sup>.

Las obras avanzaron con cierta rapidez. Muchos devotos y gremios enteros se ofrecieron a cooperar con los albañiles. El señor arzobispo iba diariamente a animar a los operarios con sus palabras y gratificaciones. Sus ochenta años no le impedían subirse a los andamios para examinar de cerca las obras<sup>198</sup>. La labor arquitectónica quedó finiquitada en agosto de 1762 y el 21 de septiembre el obispo auxiliar, don Juan Lario, pudo proceder a la bendición y consagración de las aras de los altares. Quedó pendiente el trabajo de decoración<sup>199</sup>.

---

<sup>193</sup> Aramburu, M. V., *o. c.*, p. 84.

<sup>194</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>195</sup> Nogués, M., *o. c.*, p. 306.

<sup>196</sup> Usón García, R., *o. c.*, p. 93.

<sup>197</sup> *Ibidem*, p. 99.

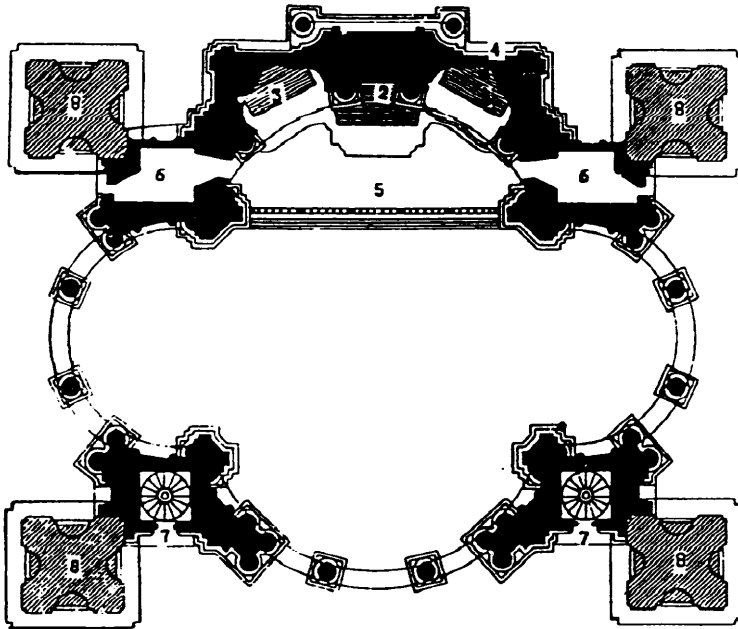
<sup>198</sup> Aramburu, M. V., *o. c.*, p. 107.

<sup>199</sup> *Ibidem*, p. 111.

## Descripción de la santa Capilla

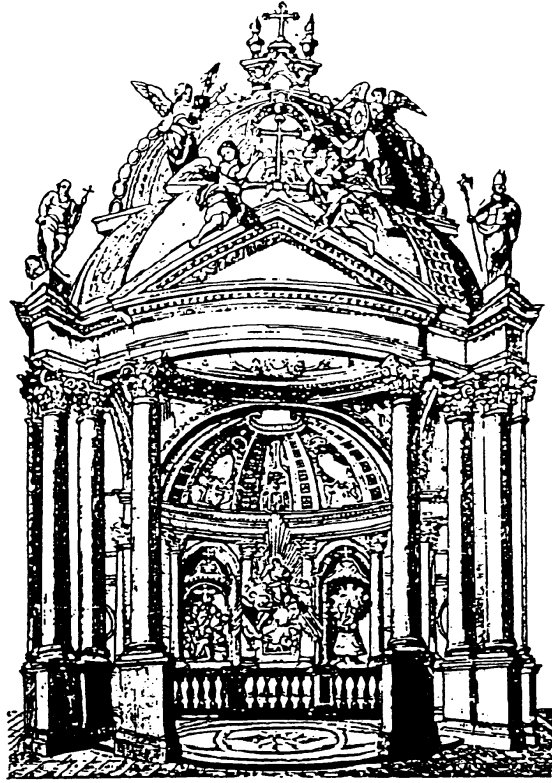
¿Cómo es la santa Capilla diseñada por Ventura Rodríguez? Está ubicada entre las cuatro grandes pilastras que inscriben el tramo central de la sexta nave y sostienen la cúpula elíptica. Es una iglesia independiente dentro de la grande. La planta forma una cruz griega ligeramente elíptica con los extremos redondeados, pues mide 22,80 m de longitud por 23,50 m de anchura. Tres lados quedan abiertos a toda luz formando pórticos divididos por dos columnas. El cuarto está cerrado por un muro en que se hallan colocados dos altares con sus retablos correspondiente y el camarín de la Virgen del Pilar.

Una balaustrada, que corre de machón a machón, limita la parte correspondiente al presbiterio, que mantiene las mismas dimensiones que la primitiva iglesia de Santiago. Está realizada con mármoles y los balaustres forrados de plata. Es de advertir que Ventura Rodríguez modificó la colocación del presbiterio. Antes se extendía en sentido longitudinal desde el camarín al oriente, o sea, por el lado norte de la actual. Con la nueva orientación se extiende hacia el sur, cortando de lleno la nave central de la iglesia grande, y queda en el lado occidental.



*Planta de la santa Capilla barroca.*

1. Camarín de la Virgen. — 2. Altar central. — 3. Altar de Santiago. — 4. Veneratorio. — 5. Balaustrada. — 6. Sacristía. — 7. Escaleras. — 8. Pilastras de la iglesia grande.



*Perspectiva de la santa Capilla barroca.*



*Frontis de la santa Capilla barroca.*

El arquitecto tuvo especial empeño en mantener las mismas dimensiones que tenía el presbiterio anterior, o sea, el edículo de Santiago, dieciséis pies de longitud por ocho pies de anchura.

El elemento sustentante está formado por cuatro machones o pilastras enlazados por arcos torales, que soportan la bóveda, y 34 robustas columnas, exentas las de los pórticos y adosadas las demás, que sostienen un entablamento que recorre todo el perímetro de la cruz a la altura de los capiteles de los machones. Las columnas se apoyan sobre robustos plintos, los fustes son de jaspe de una sola pieza y las basas y los capiteles corintios están cubiertos de bronce dorado.

Examinemos la parte sustentada. Sobre la cornisa se apoyan cuatro casquetes de semicírculo con tragaluces semicirculares: cubren el ámbito de los arcos torales. Sobre éstos y las pechinas intermedias descansa una ligera cúpula de estuco con ocho calados rococós a través de los cuales se puede contemplar el fresco pintado por Antonio González. Como coronación de la cubierta aparece la linterna con calados, finalizando en una cruz a una altura de 28 metros.

Pasemos revista a la decoración escultórica. Fue realizada principalmente por José Ramírez (zaragozano), Carlos Salas (catalán) y Manuel Alvarez de la Peña (salmantino). El mayor interés ofrece el testero, repartido en tres sectores. En el intercolumnio central, encima del altar mayor, aparece un grupo escultórico maravillosamente trabajado en mármol de Carrara: la Virgen María de tamaño natural, asentada sobre nubes, rodeada de resplandores dorados y acompañada de serafines: uno de ellos, más destacado, la sostiene de modo principal.

En los intercolumnios laterales se colocaron dos hornacinas. Ocupan la izquierda Santiago y los siete convertidos, realizados también en mármol blanco de Carrara. Estos dos grupos son obra de José Ramírez. La de la derecha constituye el camarín de la Virgen del Pilar con un fondo de mármol verdusco y estrellas de oro bajo un dosel de plata, cuyo remate es un ángel con una espada en la diestra. El apóstol y los siete convertidos escuchan en actitud expectante y devota el mensaje de la Virgen: «*Esta Columna permanecerá aquí etc.*» Se contempla el suceso plasmado en vivo.

Los cortos espacios de los muros, tanto en su contorno interior como exterior, van adornados con puertas y medallones. Ramírez ornó las dieciséis puertas de nogal con muchas y bellas figuras. Son practicables las que comunican con las pequeñas sacristías y con las escalerillas situadas en el interior de dos machones; las otras, simuladas. Sobre cada una de estas puertas va colocado un medallón. Carlos Salas y Manuel Alvarez esculpieron en ellos a medio relieve los principales misterios de la vida de María: Nacimiento, Presentación, Desposorios, Anunciación, Visitación, etc.

Los cuartos de naranja van adornados con follajes dorados y medallones en bajo relieve de estuco que representan niños encantadores tocando instrumentos de música. El pavimento está revestido de finos mármoles de Italia. Con sus variados colores —blanco, verde, negro, amarillo— enlazados con maestría reflejan el dibujo de la bóveda.

La ornamentación exterior corre más peligro de pasar desapercibida. Las cuatro fachadas llevan sobre el cornisamiento frontispicios rematados por cruces flanqueadas por ángeles en actitud reverente y como suspendidas en el aire. Sobre pedestales de jaspe, que descansan en las columnas exteriores de cada pórtico, destacan las grandes estatuas exentas de san Isidoro y san Jerónimo al este; de san Braulio y san Veda el Venerable al sur; de san Antonio de Florencia y santo Tomás de Villanueva al oeste; de san Julián de Toledo y el Beato de Liébana al norte. Estos ocho santos aseveran en sus escritos la predicación del apóstol Santiago en España.

Una vez vestida así de gala la santa Capilla se procedió a su inauguración. El 28 de agosto de 1765 apareció despejada de andamios. Los fieles pudieron presenciar la bendición de los retablos oficiada por don Antonio Jorge Galván, deán del Cabildo. Desde ese día el arte no estaría ausente de la plegaria de los devotos ante la Virgen del Pilar. Don Francisco Añoa no tuvo la dicha de officiar en esa jornada inaugural. Había fallecido el 26 de febrero de 1764; descansa en la cripta bajo el camarín de la Virgen.

Se inauguró con solemnidad el 12 de octubre de 1765. Con esta ocasión el Ayuntamiento organizó once días de jubilosas fiestas, desde el 10 al 20 de dicho mes. Hubo toda clase diversiones. Fueron llamativos los castillos de fuego realizados por polvoristas de Alcalá: el fuego hacía artificios de surtidores de cuadrillas de turcos que con los alfanjes en sus manos daban sustos. Abundaron también los fuegos de manos como los voladores y borrachuelos. Causaron mucha hilaridad las mojigangas o representaciones cómicas y burlescas realizadas en las calles, en las que los actores aparecían con disfraces extraños al compás de ruidosos instrumentos musicales. Desfilaron muchos carros triunfales acompañados de numerosas parejas vestidas de ricas telas y portando antorchas.

Se celebraron cuatro corridas en la nueva plaza de toros con numerosa asistencia de espectadores. En cada una de ellas se corrían 16 toros. Actuaban a porfía toreros y caballistas. Para las dos últimas trajeron de Madrid al famoso José Cándido con su cuadrilla<sup>200</sup>.

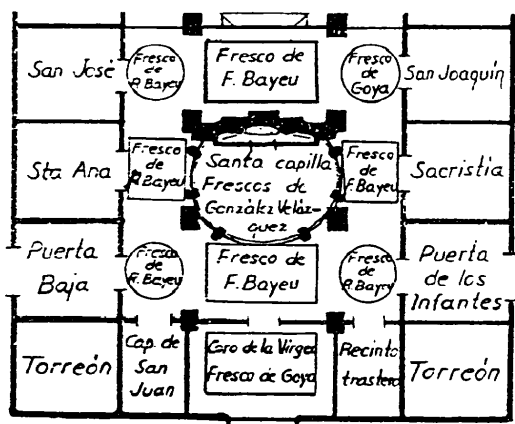
---

<sup>200</sup> Sebastián y Latre, T., *Festivas demostraciones con que Zaragoza celebró el descubrimiento de la Capilla. Passim.*

Con todo la celebración más importante fue la procesión de la Virgen del día 12. Se adornaron de modo extraordinario las calles de la carrera de la procesión. Las diversas órdenes religiosas colocaron magníficos altares jalonados en el recorrido, en los cuales abundaban faroles, arañas, tapices y candelabros. Los gremios y las parroquias rivalizaron en levantar en sitios apropiados arcos triunfales con guirnaldas, espejos, cornucopias y colgaduras<sup>201</sup>. El cronista T. Sebastián de Latre afirma que hubo tanta concurrencia de forasteros que en mesones, corrales y casas estuvieron las gentes como empanadas. Y añade que si los regocijos duraron once días, los aplausos de ellos durarán siglos.

### Decoración de la santa Capilla

Todos los entendidos consideraron la santa Capilla de V. Rodríguez como una joya arquitectónica. El Cabildo pensó decorar debidamente las bóvedas y cúpulas que la circundan, pues así lo exigían los gustos de la época. Se comenzó por la bóveda del coreto. Se encomendó al joven **Francisco de Goya**, quien realizó esa obra en el primer semestre de 1772. Representó la «Adoración del



Decoración de la Santa Capilla.

Nombre de Dios». Destaca entre celajes el triángulo con el Tetragrámaton. En 1780 volvió de Madrid y decoró al fresco la bóveda situada delante de la capilla de san Joaquín. Aparece la Virgen sentada sobre nubes y rodeada de ángeles. Uno de ellos exhibe el título *Regina Martirum*. En la parte inferior se distinguen los mártires zaragozanos.

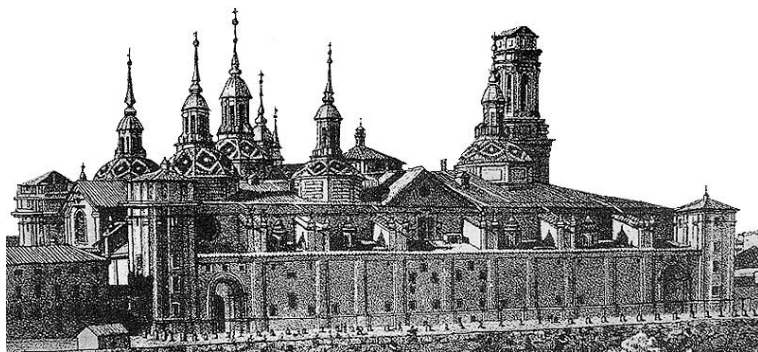
**Ramón Bayeu** (1746-1793) en la misma fecha se encargó de decorar las otras tres cúpulas. Le asignaron los temas de María como «Reina de los Patriarcas», «Reina de los Confesores» y «Reina de las Vírgenes».

**Francisco Bayeu** (1734-1795) también en 1780 decoró al fresco las cuatro bóvedas que flanquean en cruz la santa Capilla. En ellas considera a María como «Reina de los Ángeles», «Reina de los Profetas», «Reina de los Apóstoles» y «Reina de Todos los Santos»<sup>202</sup>.

<sup>201</sup> Aramburu, M. V., o. c., pp. 380-382.

<sup>202</sup> Ansón A. y Bolloqui, B., o. c., pp. 298-299.

A finales de siglo hizo acto de presencia el deterioro de las bóvedas de la parte occidental. Como remedio, la Junta de Obras optó el 15 de julio de 1796 por construir sobre el coro la proyectada cúpula elíptica. Para recaudar fondos se rifaron alhajas del tesoro de la Virgen. Duraron las obras cinco años. No se pudo emprender la construcción de las cinco restantes por falta de recursos<sup>203</sup>.



*Vista del templo de Nuestra Señora del Pilar.  
Así aparecía desde 1799 hasta 1865 por el lado norte.*

---

<sup>203</sup> *Ibidem*, p. 288.